Ana MAIRENA

Crónicas al vuelo

Lamentable muestra de "liberación" femenina

La noticia reciente sobre el asesinato de una madre que, sin medir las consecuencias fatales de su acto heroico, trató de impedir inútilmente el secuestro de su joven hija —y ¡qué madre no lo hace en circunstancias parecidas!— debe haber estremecido las entrañas de todas las mujeres que han sentido el latido maravilloso de un hijo en el vientre.

Todo indica que la asesina —para la cual no existe calificativo cabal y justo— es una experta en el manejo de las armas, confabulada en el atraco pormenorizadamente meditado y además protegida y a salvo por el par de rufianes que, sin embargo, debieron haberse tentado el corazón para no obrar como obró la virago, siendo como ha sido hasta hoy tarea despreciable de hombres el matar. De que se trata de **una liberada** todos los signos la denuncian. Una de éstas de la última hornada que no quieren saber nada sobre pañales y que jamás sentirán en su regazo el dulce peso de un niño. Una de estas empachadas de subversión cuyo cacumen vacío y reducido es incapaz de digerir los ideales, pero sí abrir paso a su instinto homicida.

Y como si fuera poco y por colofón ya saltó un grupo, un membrete, adscribiéndose **el honor** del hecho a todas luces incalificable, pues que tales honores está hoy de moda reivindicarlos. Como si un crimen, desde Caín, no obligase por lo menos, a rehuir el rostro ante la mirada limpia de sangre de los semejantes y a apartarse para siempre de toda compañía humana. Mire usted, ¡reivindicar! Se reivindica una conducta noble, una trayectoria humana impecable a los derechos conculcados de una nación y un pueblo. Pero, ¡qué deformaciones de la conducta nos ha tocado atestiguar en este siglo! Es como para trastocarla seguridad de una conciencia en sus conceptos racionales y morales.

Si vamos a tener que lamentar tales frutos agusanados de la liberación femenina, entendida como por lo visto la entiende esta asesina y todas las otras de su calaña que establecen su plan de vida conforme a sus apetitos sin mirar los destrozos y los dramas íntimos y familiares que ocasionan, entonces maldita sea la liberación femenina que ha sacado de cauce a la mujer.

Recuerdo y recuerdo bien que con motivo de la celebración del Año Internacional de la Mujer en 1975, cuyo congreso tuvo por sede honrosa a México, las crónicas que le dedicamos a este último aquí mismo en **El Día** pusieron de manifiesto ciertas reservas, comenzando por el vocablo liberalización que consideramos impropio, puesto que la mujer no tiene por qué librarse de lo que constituye su papel original y legítimo como compañera del hombre. Reservas que extendimos y aún seguimos guardando respecto a la contención antinatural de la llamada explosión demográfica.

En cambio, otra cosa y muy otra es la emancipación que comprende el derecho general a emanciparse de todas las almas muertas sumadas a las otras de los humillados y ofendidos dostoyevqueanos que en el mundo han sido.

El proceso de la emancipación del ser humano, hombre o mujer, es escalamiento lento entendido como autodeterminación que lleva consigo el convencimiento íntimo de merecerla gracias a nuestra propia responsabilidad insobornable. De ninguna manera es una conquista arbitraria y dirigida a obrar como a uno le pegue la gana, antes bien significa una sujeción interna inflexible inclinada hacia la búsqueda de los valores absolutos.

La emancipación comprende a nuestro entender el desatarnos de las valoraciones tradicionales obsoletas para nuestros tiempos, de los prejuicios de toda laya que originan la discriminación, de las supersticiones y supercherías incluídos los vínculos religiosos esclavizantes, de los cánones artísticos estratificados y de todo aquello que signifique un amo y se imponga sobre nosotros. No ha lugar ya para los amos provengan de donde provengan y aduzcan los derechos que aduzcan, padres, maridos o potencias mundiales, incluídas en estas últimas las transnacionales apátridas que amenazan sorberse al mundo.

Ahora en cuanto a la autodeterminación del ser humano ésta significa alcanzar una jerarquía ética, pues que en materia moral perdurarán eternamente las jerarquías. Representa la convicción del valor de nuestro contenido como objeto de nuestra responsabilidad para con nosotros mismos y para con los demás. Encarna el criterio unipersonal asistido por la experiencia adquirida durante el desenvolvimiento que nos permite llegar, precisamente, a la cima de esa autodeterminación. Es por ello que llegados al nivel nivel superior de esa escala el solo descender un escalón nos hace sentirnos despreciables ante nosotros mismos y los otros lo que provoca en nuestros cuerpos la enfermedad de la que se curan los siquiatras sin curar.

En fin, esta autodeterminación personal es la misma que, a escala magna, hoy se manifiesta en el afán de autonomía de las naciones y de la que México ha sido y sigue siendo su adelantado en el concierto de todos los pueblos sin excepción.